

Conéctate

CAMBIA TU MUNDO CAMBIANDO TU VIDA

DANDO SE SALE GANANDO

Un principio infalible

DECLARACIÓN DE AMOR

La fórmula para resolver
múltiples problemas de la
humanidad

¿TE QUEDARÁS ATRÁS?

Puntualizaciones sobre el
Arrebatamiento



Disponemos de una amplia gama de libros, casetes, compactos y videos que alimentarán tu espíritu, te infundirán ánimo, ayudarán a tu familia y proporcionarán a tus hijos amenas experiencias educativas. Escribe a una de las direcciones que se indican a continuación o visítanos en:

www.conectate.org

México:

Conéctate
Apartado 11
Monterrey, N.L., 64000
conectate@conectate.org
(01-800) 714 47 90 (número gratuito)
(52-81) 81 34 27 28

Chile:

Conéctate
Casilla de correo 14.982
Correo 21
Santiago
conectatechile@mi-mail.cl
(0) 94 69 70 45

Colombia:

Conéctate
Apartado Aéreo 85178
Santafé de Bogotá, D.C.
conectate@andinet.com

Perú:

Conéctate
Casilla 2005
Lima 100
RAYOSdeSOL@terra.com.pe

Estados Unidos:

Activated Ministries
P.O. Box 462805
Escondido, CA 92046-2805
USA
info@activatedministries.org
(1-877) 862 32 28 (número gratuito)

Europa:

Activated Europe
Bramingham Pk. Business Ctr.
Enterprise Way
Luton, Beds. LU3 4BU
Inglaterra
activatedEurope@activated.org
(07801) 44 23 17

DIRECTOR
Gabriel Sarmiento

DISEÑO
Giselle LeFavre

ILUSTRACIONES
Étienne Morel, Max Belmont, Lydia North

PRODUCCIÓN
Francisco López

AÑO 1, NÚMERO 8 *Marzo 2001?*
© 2004, Aurora Production AG.
Es propiedad. Impreso en Tailandia.

<http://es.auroraproduction.com>

A menos que se indique otra cosa, todas las frases textuales de las Escrituras que aparecen en *Conéctate* provienen de la versión Reina-Valera de la Biblia, © Sociedades Bíblicas Unidas, 1960.



A nuestros amigos

La vida abunda en decisiones difíciles. Diríase que todas ellas tienen algo en común: exigen una medida de sacrificio, de dar de uno mismo. Aun las que parecen nimias a los ojos de los demás —o para uno mismo en distintas circunstancias— pueden cobrar enormes proporciones en determinado momento. Necesitas un abrigo nuevo o un nuevo par de zapatos, pero resulta que al albergue para indigentes que acaba de establecerse le falta de todo, particularmente dinero en efectivo, que a ti te ha costado tanto esfuerzo ganar. El equipo de fútbol del cual eres simpatizante juega esta noche, pero un amigo cuya esposa acaba de fallecer te llama y te pregunta si no te importaría pasar un rato por su casa para conversar. Estás agotado después de una ardua jornada, pero tu vecina —una señora mayor que no tiene vehículo— te ha pedido que la lleses a una reunión del club de la tercera edad y la conduzcas de regreso a su casa. ¡No podrás acostarte temprano!

Una voz te dice: «Lo tuyo es prioridad». La otra, en cambio: «Ama a tu prójimo como a ti mismo». La decisión es evidente, pero no siempre fácil. ¿De dónde saca uno la convicción para obrar según le dicta la conciencia, aun cuando —según los criterios del mundo— va a salir perdiendo? ¡Únicamente de la Palabra de Dios!

«Dad, y se os dará» (Lucas 6:38). «El alma generosa será prosperada» (Proverbios 11:25). «Más bienaventurado es dar que recibir» (Hechos 20:35). Éstas y cientos de otras promesas divinas se cumplirán cada vez que te brindes al Señor y a los demás.

Esperamos que el presente número de *Conéctate* te infunda fe para abordar este tema de la abnegación desde la perspectiva divina. Él tiene muchísimo que darte a cambio.

Gabriel Sarmiento
En nombre de *Conéctate*

Bambú

EN EL CORAZÓN de un reino de Oriente se extendía un hermoso jardín. A diario el amo, aprovechando el fresco de la tarde, se paseaba por sus predios. De todos los moradores del jardín, el más bello y amado era el noble Bambú de grácil silueta.

Cada año aumentaban la belleza y la elegancia de Bambú. Éste era consciente del cariño y de la complacida admiración del amo. A pesar de ello se mostraba siempre humilde y amable. Con frecuencia, cuando el viento acudía a jugar en la floresta, Bambú se despojaba de su dignidad y se ponía a bailar y a balancearse alegremente, inclinándose en jubiloso abandono. Presidía la gran danza del jardín, que llenaba de gozo el corazón del amo.

Cierto día el amo se acercó a Bambú para observarlo detenidamente. Con mirada de curiosa expectativa, Bambú inclinó su majestuoso penacho hasta el suelo en señal de reverencia. El amo se dirigió a él:

—Bambú, Bambú, necesito tus servicios.

—Amo, estoy dispuesto. Dime qué deseas.

—Bambú —dijo el amo con voz grave—, me veré obligado a llevarte de aquí, a cortarte.

Horrorizado, Bambú se estremeció:

—¿Co...

cortarme, amo... a mí, a quien has convertido en el más hermoso de tu jardín? ¿Cortarme? ¡Ah, no! ¡Eso no! Sírvete de mí para tu placer, oh amo, pero... no me cortes.

—Mi precioso Bambú —dijo el amo con voz aún más grave—, si no te corto, no podrás serme útil.

El jardín se cubrió de silencio. El viento contuvo su soplo. Lentamente Bambú inclinó su glorioso penacho. Se alcanzó a oír un susurro. Bambú contestó:

—Amo, si no puedo serte útil a menos que me cortes, haz entonces tu voluntad. Córtame.

—Bambú, mi amado Bambú, debo también cortar tus hojas y ramas.

—Amo, te lo suplico, ¡ten piedad! Tálame y pon mi belleza entre el polvo. Pero ¿es necesario que también me arranques las hojas y las ramas?

—Ay, Bambú; si no te las corto, no me servirás.

El sol ocultó su rostro. Una mariposa que escuchaba el diálogo alzó temerosa el vuelo.

Bambú tembló, presa de terrible ansiedad, y asintió en voz baja:

—Amo, córtame ya.

—Bambú, Bambú, debo

también partirme en dos y sacarte el corazón. Si no lo hago, no me serás útil.

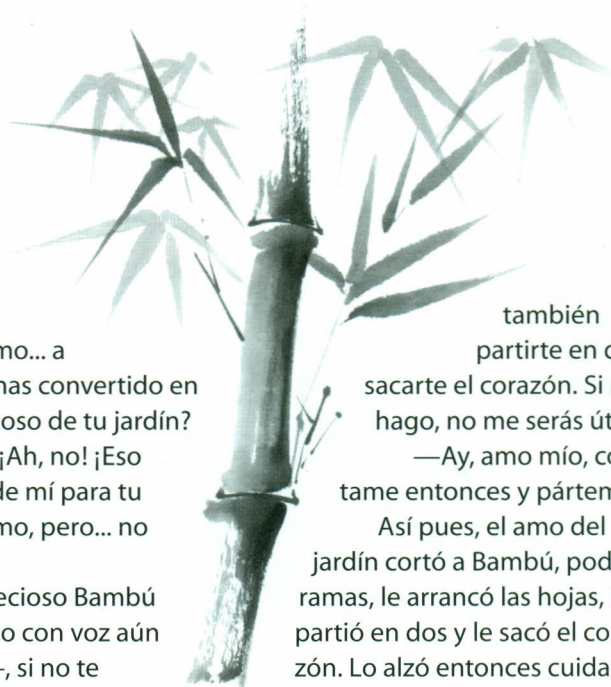
—Ay, amo mío, córtame entonces y pártame.

Así pues, el amo del jardín cortó a Bambú, podó sus ramas, le arrancó las hojas, lo partió en dos y le sacó el corazón. Lo alzó entonces cuidadosamente y lo llevó a un manantial del cual surgía a borbotones agua fresca y cristalina, en medio de las resacas tierras del amo.

Luego, el amo depositó a Bambú suavemente en el suelo, apoyando un extremo en el manantial y el otro en un canal que llevaría el agua hacia el campo. El manantial emitió su canción de bienvenida. El agua fresca y chispeante se lanzó con júbilo por el cuerpo rajado de Bambú rumbo a los campos sedientos.

Enseguida se plantó el arroz. Transcurrieron los días. Aparecieron los brotes. Llegó el tiempo de la cosecha. Entonces el cuerpo de Bambú, antes erguido en su imponente hermosura, cobró más gloria aún en su humildad y quebranto. Quien había sido la imagen de la exuberancia se convirtió, al ser quebrantado, en un canal de vida en abundancia para el mundo de su amo.

Anónimo



Declaración de amor

EL AMOR —AMOR VERDADERO, amor a Dios y al prójimo— es la solución primordial para todos los problemas que aquejan hoy en día a la humanidad, así como a los conflictos que la afectaron en otros tiempos. Sigue siendo la solución que ofrece Dios, aun en una sociedad tan confusa y compleja como la del mundo actual.

Es precisamente el rechazo del amor de Dios y de las leyes que por amor Él ha instituido lo que lleva a los hombres a ser egoístas, desamorados, desconsiderados y hasta perversos y crueles. He ahí el origen de su inhumanidad para con sus semejantes, la cual salta a la vista en este atribulado mundo actual sometido al yugo de la opresión, la tiranía y la explotación. Cientos de millones sufren innecesariamente de hambre, desnutrición, enfermedades, pobreza, desamparo, exceso de trabajo, y padecen odiosas vejaciones, los tormentos de la guerra y la pesadilla de vivir con un perpetuo sentimiento de inseguridad y miedo. La causa de todos estos males es la falta de amor de los hombres para con Dios y el prójimo, y su insistencia en

contravenir las leyes divinas de amor, fe, paz y armonía.

Efectivamente, la solución es así de sencilla: Amar a Dios nos hace capaces de amarnos los unos a los otros. Podemos entonces seguir Sus preceptos sobre la vida, la libertad y la felicidad, con lo que todo se arregla y todos nos sentimos satisfechos en Él.

Por eso dijo Jesús que el primer y mayor mandamiento es amar: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Y el segundo es semejante —casi igual, casi lo mismo—: amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mateo 22:37-39).

Si tenemos amor verdadero, no podemos presenciar una situación de apuro sin intervenir. No podemos pasar de largo delante del pobre hombre en el camino de Jericó. Debemos actuar, como hizo el samaritano (v. Lucas 10:25-37). Hoy en día hay mucha gente que, cuando ve a un necesitado, reacciona diciendo: «¡Ay, qué lástima, qué pena!» Sin embargo, la compasión hay que traducirla en obras. He aquí la diferencia entre lástima y compasión: la lástima no

**Si
tenemos
amor
verdadero,
no
podemos
presenciar
una
situación
de apuro
sin
intervenir.**

es más que un sentimiento de pena; la compasión lo impulsa a uno a hacer algo.

Debemos manifestar nuestra fe con obras. Es difícil demostrar amor sin una acción palpable. Afirmar que se ama a alguien y no ayudarlo físicamente en lo que pueda necesitar —proporcionándole comida, ropa, techo, etc.— no es amor. Si bien es cierto que la necesidad de amor verdadero es espiritual, éste debe manifestarse físicamente, por medio de obras. «La fe que obra por el amor» (Gálatas 5:6). «El que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él? Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad» (1 Juan 3:17,18).

Por otra parte, consideramos que la forma más sublime de manifestar amor no consiste exclusivamente en compartir simples pertenencias y bienes materiales. Se basa en entregar la vida en servicio a los demás, como expresión de nuestra fe. Las buenas obras y la entrega de dichas posesiones vienen como consecuencia. El propio Jesús no tenía nada

material que ofrecer a Sus discípulos, sólo Su amor y Su vida, que dio por ellos y por nosotros para que todos pudiéramos disfrutar de vida y amor eternos.

«Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos» (Juan 15:13). Profesamos, pues, que lo máximo que podemos dar a los demás es nuestra persona, nuestro amor y nuestra vida. Ese es nuestro ideal.

La verdadera felicidad no se halla buscando de modo egoísta placeres y satisfacciones, sino al encontrar a Dios, comunicar Su vida a los demás y procurar la felicidad ajena. Entonces la felicidad te busca, te toma por asalto y se adueña de ti, sin que la hayas procurado siquiera.

«Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará» (Gálatas 6:7). Si siembras amor, recoges amor. Si siembras amistad, recoges amistad. Obedece, pues, la ley divina del amor, amor desinteresado, amor a Dios y al prójimo. Manifiesta a los demás el amor que les debes, y tú también recibirás amor. «Con la misma medida con que medís [generosa o mezquina], os volverán a medir» (Lucas 6:38).

Descubre las maravillas que puede hacer el amor. Hallarás todo un nuevo mundo que sólo habías concebido en sueños. En compañía de otra alma solitaria, puedes disfrutar de los milagros que obra el amor. Pruébalo. El amor que manifiestes volverá a ti.

El amor no se te dio para guardarlo.

Para que sea amor, a otros hay que darlo. •

(Extracto del artículo del mismo título de David Brandt Berg publicado en *Atrévete a ser diferente.*)

**El propio
Jesús no
tenía nada
material
que ofrecer
a Sus
discípulos.**



Dar a Dios



Compilado a partir de los escritos de David Brandt Berg

La Biblia relata que en tiempos del profeta Elías hubo una terrible sequía y hambruna. Una pobre viuda de la ciudad de Sarepta salió a recoger leña con la intención de cocinar una última torta para ella y para su hijo antes de dejarse morir de hambre. El profeta se le acercó y le dijo:

—Hazme primero una pequeña torta y tráemela. Luego haz otra para ti y para tu hijo. Porque el Dios de Israel ha dicho así: La harina de la tinaja no escaseará, ni el aceite de la vasija se acabará, hasta el día en que el Señor haga llover sobre la faz de la Tierra.

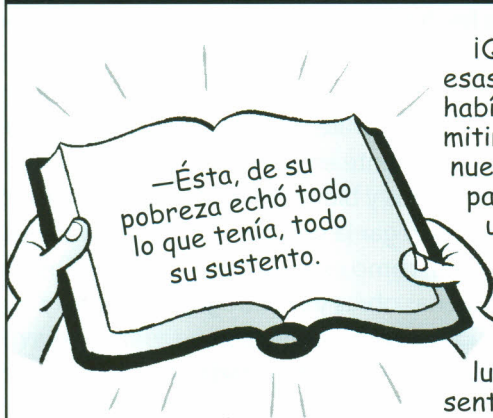
¡Y eso fue justo lo que ocurrió! (1 Reyes 17:10-16).

La viuda dio preferencia a Dios y a Su profeta, Su siervo. Primero le dio de comer a él y se encargó de las necesidades que él tenía, y en consecuencia sobrevivió milagrosamente a tres años de hambre. En todo ese tiempo, comió de la misma tinaja de harina y de la misma vasija de aceite, ¡que al empezar ya estaban casi vacías!

Ese episodio me recuerda la época en que yo estudiaba en la universidad y subsistía penosamente con apenas 25 dólares mensuales, en una pequeña casa rodante de 4 metros, con mi mujer y dos hijos pequeños. Un día ella comentó que Dios nos bendeciría si dábamos el diezmo de lo poco que teníamos.

Al principio protesté aduciendo que no podíamos permitirnoslo. Pero cuando oramos para consultar al Señor, abrimos la Biblia justamente

en el pasaje que trata de una viuda que echó sus dos últimas monedas en el arca de las ofrendas (Marcos 12:41-44). Jesús al verla dijo:



¡Qué podía yo decir después de esas palabras! Hasta ese momento había aducido que no podíamos permitirnos donar una décima parte de nuestro sustento. Sin embargo, ese pasaje de la Biblia da cuenta de una pobre viuda que dio todo lo que tenía. Así que el domingo siguiente entregamos nuestro diezmo —2,50 dólares— a la iglesia a la que asistíamos. El lunes por la mañana, cuando me presenté en clase, el profesor me dijo:

—¡David, me dieron esto para que se lo entregara!

Era un billete de 20 dólares. Unas diez veces más de lo que habíamos dado.

Dios es así: a Él le encanta devolvernos con creces todo lo que damos. ¡Nunca dejará que des más de lo que Él te da a ti! Siempre te repondrá de sobra todo lo que entregues si lo haces de corazón y con desinterés.



Ni siquiera estoy seguro de que el templo necesitara las moneditas de aquella viuda pobre. Aun así, Dios premió su sacrificio. Prueba de ello es que Jesús manifestó:

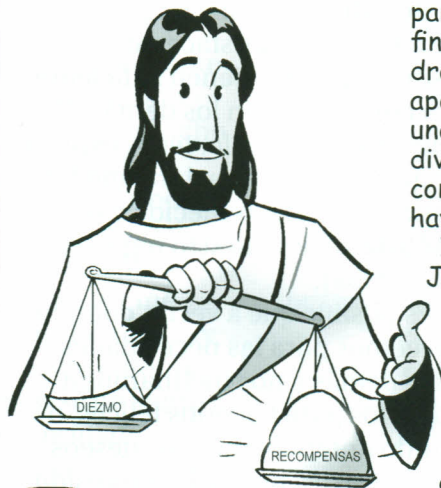
—De cierto os digo que esta viuda pobre echó más que todos los que han echado en el arca; porque todos han echado de lo que les sobra; pero ésta, de su pobreza echó todo lo que tenía, todo su sustento (Marcos 12:43,44).

Hasta podemos dar todo nuestro sustento sin resultar perjudicados, porque Dios nos bendecirá. Si nuestras intenciones eran buenas y puras, Dios nos bendecirá por lo que hayamos dado.

¡El lo ha prometido! Dice: «Traed todos los diezmos al alfolí (granero) y haya alimento en Mi casa; y probadme ahora en esto [...], si no os abriré las ventanas de los Cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde» (Malaquías 3:10). «Buscad primeramente el Reino de Dios y Su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas» (Mateo 6:33).

¡Dios te lo devolverá! «Todo lo que gastes —asegura—, iyo te lo pagaré!» ¿Recuerdas quién pronunció esas palabras? Se hallan en el hermoso relato del buen samaritano, el cual, habiendo encontrado junto al camino a un hombre que había sido golpeado por ladrones, lo recogió, lo instaló en un mesón y le dijo al mesonero:

—Todo lo que gastes, yo te lo pagaré (v. Lucas 10:30-37).



Ya verás que si das para Dios y Su obra, a fin de cuentas no supondrá ningún sacrificio. Tu aporte será simplemente una inversión, cuyos dividendos sobrepasarán con mucho todo lo que hayas gastado.

Invierte en Cristo Jesús y en la obra de Dios, y tus inversiones te producirán dividendos eternos.

Dios te bendecirá y se encargará de que obtengas buenas ganancias a cambio, las mejores. Participarás en las recompensas eternas, en las almas conquistadas a consecuencia de tus donativos. Da prioridad a Dios y aparta tu diezmo para darlo a Su obra. Si lo haces, Él promete darte prioridad a ti otorgándote abundantes bendiciones. ¡Te recompensará de tal modo que te sobraré!





Dando se sale ganado

Dios se
fija en
nuestra
actitud
desinteresada y la
premia.

ES NOTABLE LA LUZ que irradian las personas que tienen por hábito dar. Bien si se trata de donar tiempo, dinero, ayuda o simplemente calidez y amistad, pareciera que además de satisfacerse ellas mismas, siempre tienen suficiente para compartir con los demás. En el siguiente versículo, Jesús explica por qué: «Dad y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando darán en vuestro regazo» (Lucas 6:38).

Es posible que a veces, cuando proveemos para las necesidades de los demás y nos inclinamos a ayudarlos para hacerlos felices, o cuando anteponeamos sus deseos a los nuestros, nos dé la impresión de que salimos perdiendo. Pero en realidad no es así. Dios se fija en nuestra actitud desinteresada y la premia. Al que reparte con liberalidad nunca le falta que dar.

Una señora acomodada que se había convertido al cristianismo ya entrada en años iba caminando por la calle con su nieta. Al aproximárseles un mendigo, lo escuchó

atentamente. Acto seguido sacó un billete de su cartera y se lo entregó. En la esquina siguiente se encontraba una voluntaria del Ejército de Salvación, a la cual la señora también le dejó un donativo. Su nieta la miró con curiosidad y le dijo:

—Abuela, supongo que desde que te hiciste cristiana has perdido mucho, ¿no?

—Así es —dijo la señora—. He perdido mi mal genio, el pésimo hábito de criticar a los demás y mi tendencia a gastar el tiempo libre en frívolos acontecimientos sociales y otros placeres que no tienen ningún sentido. También he perdido un espíritu de codicia y egoísmo. No te quepa duda de que he perdido mucho.

»¡Pero lo que he obtenido a cambio no tiene precio!: paz interior, la facultad de orar con eficacia, un Amigo que siempre me acompaña, que me conoce, me ama y me protege; satisfacción y riquezas espirituales que ni sabía que existían; una fe que no da cabida al temor; la promesa de un hermoso Hogar celestial cuando tenga que abandonar éste que tengo en la



Tierra, ¡y mucho más! Estoy feliz con lo que he perdido, y lo que he ganado ¡es incalculable!»

El banco del Cielo

—Llévale esto a la pobre viuda que vive en las afueras del pueblo —dijo un viejo zapatero alemán a su aprendiz al tiempo que le entregaba una cesta con hortalizas.

El zapatero trabajaba arduamente en su oficio y cultivaba su pequeña huerta para salir adelante. Sin embargo, parecía estar siempre regalando lo poco que tenía.

—¿Cómo puede darse el lujo de regalar tanto? —le preguntaron.

—En realidad no regalo nada —respondió—. Se lo presto al Señor, y Él me lo devuelve con creces. Me avergüenza que la gente piense que soy generoso cuando recibo tanto a cambio. Hace mucho tiempo, cuando era muy pobre, conocí a alguien que era más pobre que yo. Quería darle algo, pero no veía cómo podía darme ese lujo. Pese a ello, lo hice y el Señor me ayudó. Siempre he tenido trabajo y mi huerto es fértil. Desde entonces, nunca titubeo cuando sé de alguien que está pasando necesidad. Aunque regalara todo lo que tengo, el Señor no me dejaría morir de inanición. Es como tener dinero en el banco, solo que en este caso, el banco —el Banco del Cielo— nunca quiebra, y cobro intereses todos los días.

A Dios le encanta dar más que tú. Nunca permitirá que le ganes en eso. Siempre te dará muchísimo más de lo que des. Cuanto más des, más te devolverá.

Es posible que no siempre te

remunere en metálico, en pesos y centavos. Puede que lo haga evitándote accidentes, desgracias o enfermedades graves que te costarían cien veces más que todo lo que has dado. Sea como sea, de un modo u otro, ¡te recompensará!

Dad y Se os dará

Reza una leyenda que había un monasterio cuyo abad era muy generoso. Jamás negaba alojamiento a un mendigo y siempre daba todo lo que podía. Lo extraño del caso es que cuanto más daba, más próspero se volvía el monasterio.

Al morir el viejo abad, fue sustituido por otro de naturaleza totalmente opuesta. Era mezquino y amarrete. Un día llegó un anciano al monasterio pidiendo alojamiento. Aducía que años antes ya le habían dado resguardo una noche. El abad se lo negó, alegando que el monasterio no podía darse el lujo de hacer honor a su proverbial hospitalidad.

—Nuestra abadía ya no puede ofrecer pensión a extraños como hacíamos cuando éramos más prósperos. Hoy en día nadie hace ofrendas para nuestra obra.

—No me sorprende —dijo el anciano—. Creo que se debe a que echaron a un monje del monasterio.

—No recuerdo que jamás hayamos hecho eso —respondió el abad desconcertado.

—Por supuesto que sí —replicó el anciano—. Y tenía un hermano gemelo. El que fue expulsado se llamaba *Dad*, y su hermano, *Se os dará*. Como echaron a *Dad*, *Se os dará* resolvió irse también. •

¿TE QUEDARÁS ATRÁS?

Compilado a partir de los escritos de David Brandt Berg

Puntualizaciones sobre el Arrebatamiento, 1ª parte

El capítulo 24 de Mateo despeja muchas dudas sobre el tema de la Segunda Venida de Jesús, oportunidad en que reunirá a todos cuantos hayan aceptado Su salvación para luego llevarse-los consigo al Cielo. Ese suceso se conoce como el Arrebatamiento. Otros pasajes bíblicos también expresan con claridad en qué momento se producirá ese extraordinario acontecimiento. Por eso, durante casi 1800 años prácticamente la totalidad de los cristianos creyó que Jesús retornaría después del período que Él denomina la Gran Tribulación, que consistirá en tres años y medio de intensas persecuciones.

No fue sino un par de siglos atrás que surgieron personas como C.I. Scofield (1843-1921) que pregonaron la ilusoria doctrina de que Jesús retornaría antes de la Tribulación. Esas personas instaban a los cristianos a no preocuparse de los tiempos difíciles que sobrevendrían a la humanidad, puesto que Jesús vendría y los sacaría del mundo antes de la Tribulación, ahorrándoles con ello muchos sufrimientos. Naturalmente, aquella doctrina tuvo mucha aceptación, por cuanto era el vivo reflejo de lo que todo el mundo anhelaba.

Según lo veo yo, muchos cristianos que sostienen que el Arrebatamiento se producirá antes de la Tribulación simplemente

no quieren tener que pasar por este período aciago de la Historia. La razón es que no están ni mínimamente preparados para ello. Por eso hacen su interpretación particular de las Escrituras o se aferran a falsas enseñanzas formuladas por otras personas. Sin embargo, la Biblia nos manda específicamente no hacer eso. «Ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada» (2 Pedro 1:20). Poco interesa lo que afirmen otros cristianos o grupos religiosos. El quid de la cuestión es: ¿Qué dice la Biblia?

En Mateo 24, los discípulos de Jesús le preguntan cuál será la señal de Su venida. Éste les responde desvelándoles no una, sino numerosas señales: guerras,



hambunas, pestilencias, terremotos, persecución de los cristianos, proliferación de falsos profetas, anarquía, la falta generalizada de amor y la predicación del Evangelio en todas las naciones. «Entonces —dice— vendrá el fin» (Mateo 24:4-14).

A partir del versículo siguiente, Jesús nos cuenta lo que sucederá durante la Gran Tribulación, es decir, los últimos tres años y medio antes de Su retorno, que a su vez coinciden con la segunda mitad del régimen del Anticristo. Además nos dice a qué señal específica debemos estar atentos, a fin de saber exactamente cuándo dará comienzo ese período. «Cuando veáis en el lugar santo la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel [...] habrá entonces gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá» (Mateo 24:15,21). En el libro del Apocalipsis descubrimos que esa «abominación desoladora» es una imagen del Anticristo, de la Bestia (Apocalipsis 13:14,15). Tanto en el libro de Daniel como en el Apocalipsis se nos dice que exactamente en la mitad del



septenio en que regirá el Anticristo se erigirá dicha imagen en el lugar santo (Daniel 9:27; 12:11; Mateo 24:15-21; Apocalipsis 13:5).

¿Cuándo regresará Jesús por nosotros? Eso también queda sentado de manera inobjetable: «Inmediatamente después de la tribulación de aquellos días» (Mateo 24:29). Jesús no anuncia que cuando veamos la abominación desoladora en el lugar santo Él estará a punto de rescatarnos de manos del Anticristo y salvarnos de la inminente tribulación. Nos advierte que nos dirijamos a los montes (Mateo 24:16). Es decir, que todavía estaremos aquí.

Además, ¿por qué se tomarían el Señor y los profetas la molestia de decirnos exactamente cuánto durará la Gran Tribulación —la duración exacta en días, semanas y meses— si no tuviéramos necesidad de saberlo, si no fuéramos a estar aquí para contar esos días, semanas y meses? (Daniel 7:25; 12:11; Apocalipsis 13:5). Jesús nos reveló esos detalles porque quiere que cobremos ánimo sabiendo que la Tribulación no durará para siempre y que cada día que pase nos irá acercando al glorioso final.

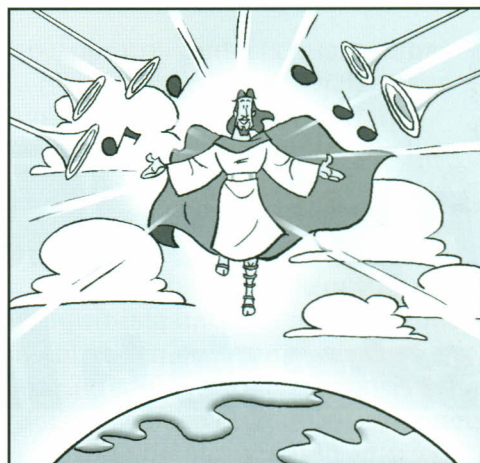
Las circunstancias que se vivirán durante la Tribulación serán tan terribles que muchas personas pensarán que es hora de que Jesús retorne, sobre los cristianos a quienes se les enseñó que iba a venir antes de la Tribulación. Estarán a la expectativa de que venga en cualquier momento. Sin embargo, Jesús nos advierte

que no debemos esperar que retorne antes de lo predicho. También nos previene que no nos dejemos engañar por falsos cristos que procurarán hacernos creer que ellos son el legítimo Mesías, o por falsos profetas que pretenderán convencernos de que la venida de Jesús es inminente o que Él ya se encuentra en alguna parte (Mateo 24:23-26). Nos dice que no les creamos, porque cuando Él venga, lo sabremos sin asomo de duda.

Algunos que enseñan que la Tribulación será posterior al Arrebatamiento llegan al extremo de afirmar que éste acontecerá en secreto, que nadie verá a Jesús a excepción de los salvos. Nadie más sabrá siquiera que Cristo ha retornado. Sostienen que de golpe un gran número de personas desaparecerá y que quienes queden atrás no sabrán qué fue de nosotros.

Si el Arrebatamiento se va a producir en secreto, ¿cómo es que el Señor hará tanto escándalo en el momento de Su retorno? Su Palabra dice que

vendrá «sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria». El cielo se iluminará de un extremo a otro, y habrá tales señales en el firmamento que será imposible no darnos cuenta del retorno



de Jesús. Es más, dice que «todo ojo le verá». Todos verán también levantarse a los muertos en Cristo —es decir, a todas las personas salvas que ya hayan muerto— para reunirse con Él en el aire. Además lo escucharán, pues «el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del Cielo». Y ¿por qué se lamentarán todos los no salvos? Porque presenciarán lo que ocurrirá y tendrán plena conciencia de ello (Mateo 24:27,30; Hechos 1:9-11; 1 Tesalonicenses 4:16; Apocalipsis 1:7). Será el espectáculo más grandioso que el mundo haya visto jamás.

No parece una descripción de una Parusía o de un Arrebatamiento secretos. ¿Tú qué opinas?

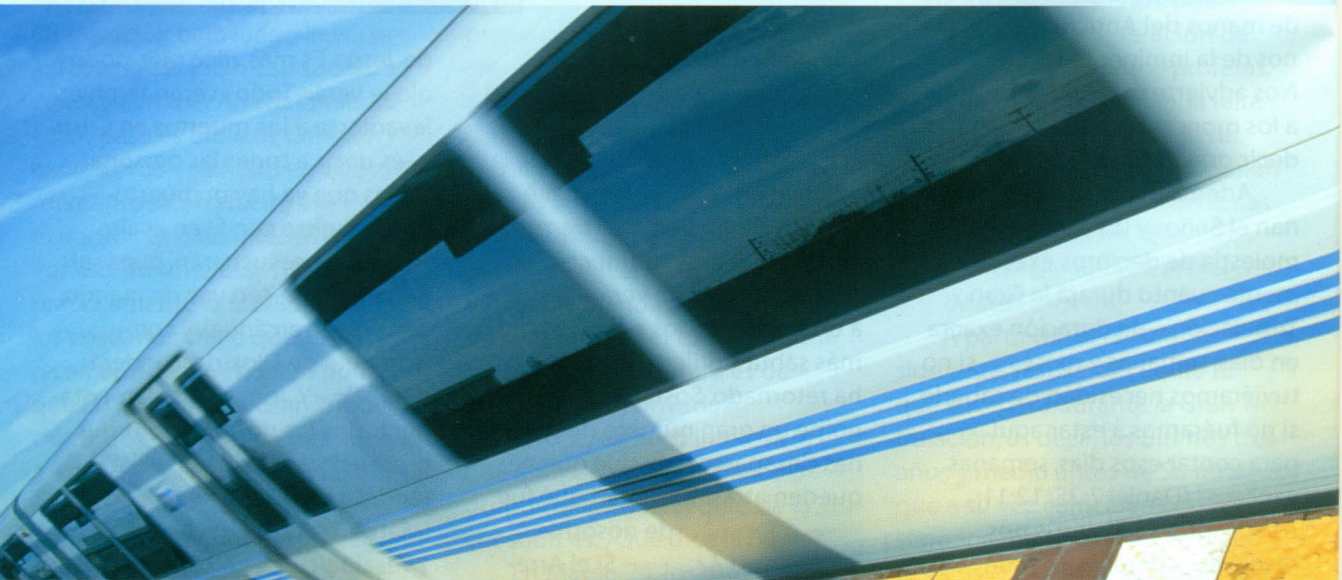
Lo dice tan claro como el agua: Después que los muertos en Cristo hayan resucitado para reunirse con el Señor, «nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire» (1 Tesalonicenses 4:17). De haber sido arrebatados con anterioridad, ya no estaríamos aquí. •

(Continuará.)



El propio **Dios** me salvó de la **muerte**

«El tren cobraba más velocidad. Esperaba la muerte en cualquier instante».



Magda (Ucrania)

Desde un principio me percaté de que aquel no era mi día más afortunado. Estaba ilusionada porque por la noche iba a viajar a Moscú en tren, ¡mas parecía que *todo* salía mal!

Cuando nos subimos al auto para dirigirnos a la estación, ya se estaba haciendo tarde. Me inquietaba la idea de que no fuéramos a llegar a tiempo. Para colmo, el auto no arrancaba. Teníamos los minutos contados. Al final nos subimos a la furgoneta de un amigo y emprendimos el trayecto. Luego pasamos

de largo una calle por la que teníamos que torcer, nos perdimos y tuvimos que volver atrás.

—Señor, se nos ha hecho muy tarde. Sé que Tú nunca fallas. Te ruego que hagas un milagro, lo necesitamos sin falta. ¡Que no salga el tren! ¡Te lo suplico! —recé.

Nada más llegar a la estación, consulté el reloj. Faltaba un minuto para la hora de partida. ¡Me resultaría imposible tomar el tren!

—Jesús, ¡te ruego que me escuches! —seguí rezando.

Y salí corriendo. Marek, mi

compañero, iba detrás de mí.

Al pisar el andén, me encontré con que el tren ya se deslizaba por las vías, acelerando progresivamente.

—¡No! —supliqué—. ¡No puede ser! Jesús, ¿por qué no detienes el tren?

Salté al estribo. Entonces me di cuenta de que la puerta estaba cerrada por dentro y de que no había nadie en el vagón para abrirla y dejarme entrar.

Me quedé colgando de la puerta. El tren cobraba velocidad rápidamente. Advertí que no tenía caso intentar entrar y pensé que lo mejor sería saltar. «Pero el suelo está cubierto de hielo —dije para mis adentros—. Si caigo ahí, ¡probablemente resbalaré hacia las vías!» Mi horror iba en aumento. Sin embargo, parecía no haber otra salida.

Al saltar, se me trabó un pie en el estribo y fui a parar debajo del tren. Desesperada, me agarré a algo. El tren iba cada vez más rápido.

La cabeza me colgaba y me la golpeé contra el suelo. Tenía el pelo largo y suelto, y todavía no entiendo cómo es que no se enredó con las ruedas. Lo único que escuchaba era el estrépito del tren en movimiento. Si hubiera gritado no habría servido de nada.

En ese momento perdí toda esperanza.

—Jesús, en unos minutos voy a contemplar Tu rostro. ¿Qué te voy a decir? ¿Qué he hecho que tenga algún valor? —recé.

Esperaba la muerte en cualquier instante. No sentía temor. Sin embargo, estaba muy arrepentida de no haber logrado más en la vida, una vida que en aquellos momen-

tos, por una tontería mía, estaba a punto de terminar. ¡Ojalá se me concediera otra oportunidad!

Las manos me dolían mucho. ¡Se me estaban congelando!
¿Cuánto más lograría aguantar?

De repente, el tren se detuvo.

Luego me enteré de que el maquinista había escuchado voces en el andén. Se asomó, alcanzó a ver una de mis botas que sobresalía del tren y puso el freno de emergencia. Todo había sucedido en cuestión de minutos.

Yo pensaba que estaría malherida. No obstante, y con gran asombro de todos, ¡no me hice más que unos rasguños y moretones!

—¡Tiene que haberla salvado el propio Dios! —exclamó el sorprendido maquinista.

Todos los que se acercaron también me miraban incrédulos. Luego vi a Marek. Él me había perdido de vista antes que me montara al tren, y al constatar que éste había iniciado la marcha, se dio la vuelta para buscarme. Luego escuchó gritar a la gente:

—¡Una chica se cayó debajo del tren!

Pero no se imaginaba que era yo.

Al fin abordamos el tren y a la mañana siguiente llegamos a Moscú.

Reflexionando sobre aquel día, me cuesta creer que de verdad sucediera todo aquello. Seguro que tenía un ángel al lado. No lo vi, pero tengo la certeza de que había uno. No estuve sola en aquel trance.

Ahora soy consciente de que no soy dueña de mi vida. Quizás en otro tiempo sí, pero la tiré tontamente a la basura. El Señor misericordiosamente la tomó en Sus manos y me la devolvió. Ahora le pertenezco a Él. •



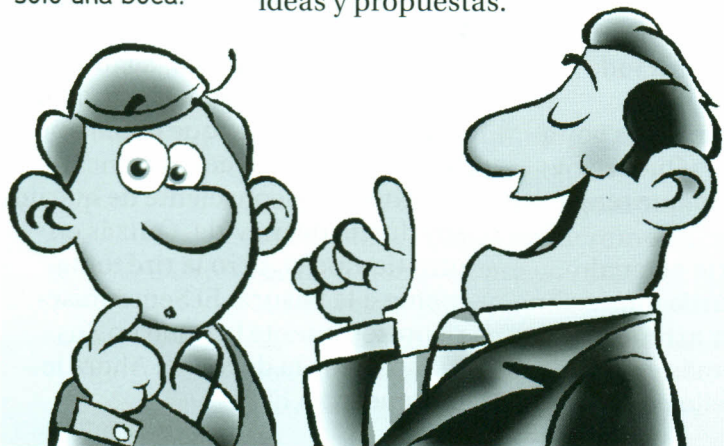
Respuestas a tus interrogantes

¿Qué puedo hacer para aliviar la fricción que se ha generado entre uno de mis colegas y yo y establecer una mejor comunicación con él?

La vía más rápida y segura de eliminar esas barreras que traban la comunicación es tan sencilla que muchas veces no la tenemos en cuenta: una de las partes debe dejar momentáneamente de esforzarse por comunicar lo que está pensando y detenerse a escuchar lo que la otra parte desea expresar.

A la gente le gusta hablar, expresarse, que la oigan. Cada persona además necesita percibir que otros la necesitan y que lo que puede aportar es importante y valioso. Cuando nos damos tiempo para oír atentamente a otra persona, así no estemos de acuerdo con todo lo que nos esté diciendo, le demostramos consideración y respeto. Aplica esos consejos en relación a los colegas con los que tienes dificultades de comunicación. Muchas veces te sorprenderá lo positivamente que reaccionarán a ese gesto tuyo y lo abiertos que se mostrarán a tus ideas y propuestas.

¿Por qué crees que Dios nos dio dos oídos y tan sólo una boca?



¿Cómo se cultiva el arte de escuchar? En primer lugar, es preciso querer hacerlo, albergar el sincero deseo de escuchar lo que la otra persona nos quiere decir.

Quizá te consideras un buen *oidor* porque te manejas bien en situaciones sociales en las que ambas partes conversan sobre cuestiones triviales o intercambian datos interesantes. Sin embargo, las veces en que más cuesta y al mismo tiempo más importante resulta escuchar son aquellas en que la otra persona expresa una opinión contraria a la tuya. Se trata de hacerlo desinteresadamente, para provecho ajeno y no propio.

Para escuchar desinteresadamente debemos poner freno a ese impetuoso afán de expresar lo que sentimos. Antes de replicar exponiendo nuestra opinión o reacción, manifestemos un sincero deseo de escuchar y de valorar lo que la otra persona intenta decirnos.

Hace falta esfuerzo para cultivar el arte de escuchar. ¿Has notado los rasgos y gestos de aquellos con quienes te gusta conversar, de los que son *buenos oidores*? Manifiestan interés con sus ojos, su postura y su modo de reaccionar. Su actitud te dice: «Me gusta oír lo que piensas. Eres importante para mí». Crean un clima indescriptible, un aire de calma y paciencia, como si te dijeran: «Exprésate con tranquilidad. No tengo nada más vital que hacer en este instante que oír lo que me estás diciendo».

Escuchar es un medio de cumplir más eficazmente la *ley de Cristo*, que la Biblia resume de la siguiente manera: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Gálatas 5:14; Mateo 22:37-39). •

Lecturas enriquecedoras



La milagrosa provisión divina

Carne para todo un mes

Números 11:18-23, 31

El Señor paga las deudas de una viuda

2 Reyes 4:1-6

Maná en el desierto

Éxodo 16:12-15

Agua de la roca

Éxodo 17:1-6

Los cuervos llevan comida al profeta

1 Reyes 17:4

La tinaja de harina y la vasija de aceite

1 Reyes 17:10-16

Jesús alimenta a cinco mil

Marcos 6:34-44

Algunas de las numerosas promesas de provisión divina

Mateo 6:33

Filipenses 4:19

Salmo 23:1

Salmo 34:10

Salmo 37:25

Mateo 7:7-11

Romanos 8:32

Oración de gratitud

Gracias por Tu divina protección. A veces es evidente, pero en otras ocasiones no nos damos cuenta de que nos has amparado porque no vemos lo que Tú o Tus ángeles nos evitaron con su presencia. En cualquier caso, te lo agradecemos y te alabamos por ello.

Próximamente...

Jesús desea hablarte sin intermediarios

El Señor desea ser tu buen pastor (Salmo 23). Siempre que te invada la soledad, que necesites a alguien que te escuche, te comprenda, te apoye o te dirija unas palabras de ánimo, Él estará a tu disposición.

Acude a Él para que te aliente y te dé consejos y respuestas concretas para tu situación. Cuando te comuniqué día a día mensajes celestiales a la medida de tus necesidades, te darás cuenta de que es perfectamente capaz de ponerse en tu lugar y de que tú también te puedes identificar con Él. Lo entenderás mejor, y te convencerás más que nunca de lo cerca que lo tienes y de lo mucho que se preocupa por ti. Es tu mejor amigo.

La fe viene de oír la Palabra, no sólo la Palabra ya registrada, sino también las que Jesús, tu amoroso guía personal, anhela dirigirte, y que puedes escuchar gracias al maravilloso don de profecía.

María David

Si quieres averiguar cómo puede uno recibir de Jesús palabras personales de amor, aliento y orientación, no te pierdas el próximo número de *Conéctate*.

SÉ UNA VASIJA DE MI AMOR

¿Te crees capaz de derramar amor por tu cuenta? Si lo intentas, pronto verás que tu propio amor se queda corto. El amor verdadero, infalible y desinteresado no proviene de ti. No lo puedes generar por tu propia capacidad o esfuerzos, ni haciendo de él un hábito, ni por tu conocimiento de cómo se debe amar. Sin embargo, si te llenas de Mí y de Mi amor, tendrás esa clase de amor en abundancia. Ese amor se extenderá entonces a todos aquellos con quienes te relaciones.

Primero debes dejar que te llene. Es imposible llenar una vasija tapada o en movimiento. Tienes que ser una vasija vacía y permanecer inmóvil, con la boca destapada, a la espera de que Yo te llene.

Pasa tiempo conmigo, y Yo te enseñaré a amar. Entonces Mi rostro resplandecerá en el tuyo. Y todos cuantos te vean sabrán que ese amor no proviene de ti, sino de Mí.

